



Guía de lectura

Jhumpa Lahiri

Cuentos romanos



Lumen

Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Una familia disfruta de sus vacaciones en una casa de campo romana mientras la hija de los guardianes se encarga de las tareas domésticas y la observa discretamente; un alegre reencuentro de dos amigas revela, sin embargo, unas diferencias irreconciliables; un escritor maduro se obsesiona por una mujer con la que solo coincide en las fiestas de una amiga en común; una familia hostigada por sus vecinos se ve obligada a abandonar su hogar; una pareja busca consuelo en Roma para tratar de olvidar su tragedia personal; en una escalinata se cruzan sin mirarse vecinos de distintas culturas y clases sociales, demasiado preocupados por sus desgracias cotidianas para fijarse en las de los demás, y una joven se enamora del fantasma de Dante Alighieri, de su idioma y cultura.

Con estos «cuentos escritos en estado de gracia» (Roberto Carnero, *Avvenire*), la autora de *El intérprete del dolor* y *Tierra desacostumbrada* vuelve al género que la hizo mundialmente célebre y acreedora de los premios Pulitzer y PEN/Hemingway.

En estos nueve relatos, que dialogan con la obra de Alberto Moravia, Jhumpa Lahiri nos sorprende y nos conmueve con un libro deslumbrante sobre el amor, el desarraigo, la soledad y los ritmos naturales de una ciudad cambiante, llena de tensiones y contrastes, pero de gran riqueza cultural y belleza natural y artística, donde personas llegadas de todos los rincones del planeta tratan de encontrar su lugar en el mundo y dar un significado a la palabra «hogar».

CLAVES DEL LIBRO

Jhumpa Lahiri vuelve a un género, el de los cuentos, con el que se hizo mundialmente conocida y merecedora de algunos de los premios más importantes de la literatura, para hablarnos de su amor por Roma —la ciudad que considera su hogar, aunque nació en Reino Unido, de padres bengalíes, y pasó su infancia y juventud en Estados Unidos—, y lo hace en italiano, el idioma que empezó a estudiar hace tan solo una década y en el que dice sentirse más libre. Lahiri, que no se identifica con el inglés, siempre considerado como el idioma del otro, ni con el bengalí, que es su idioma materno, pero que no sabe leer ni escribir, ha encontrado en el italiano el lenguaje para dar forma a su escritura. En esta edición, lo leemos en la brillante traducción de Carlos Gumpert Melgosa, traductor, también, de Antonio Tabucchi, un referente para Lahiri, pues él mismo encontró otro idioma (el portugués) en el que expresarse.

El título, *Cuentos romanos*, es una referencia a las dos colecciones homónimas de cuentos de Alberto Moravia, en un homenaje al escritor con el que Lahiri se inició en la literatura italiana. Existe un vínculo claro entre las historias de ambos autores, que transcurren en la misma ciudad en momentos históricos muy diferentes pero similares, ya que Roma es una urbe en constante cambio por la que a veces parece que no pasa el tiempo, lo que convierte a los cuentos de Lahiri en historias atemporales y, al mismo tiempo, absolutamente actuales.

El amor que Lahiri siente por la capital italiana no le impide, sin embargo, ver las injusticias, la discriminación y la desigualdad en la que viven parte de sus moradores, en concreto, aquellos que habitan la ciudad llevados por las circunstancias y son maltratados y explotados debido a su pobreza, cultura y creencias. En este sentido, la crítica al racismo imperante es un tema recurrente en los

cuentos, que a veces se muestra en forma de comentarios y desprecios, como el trato descortés que recibe en un restaurante una de las protagonistas de *El encuentro*, o los mensajes desagradables e hirientes que encuentra en su bolso la cuidadora de un colegio en *Las notitas*; y otras veces toma forma de violencia física, como en *La frontera*, donde el padre de la protagonista recibe una paliza por su condición de inmigrante, o en *La recogida*, en el que una mujer es disparada por unos chicos con una pistola de aire comprimido, pero prefiere no denunciar por miedo a las instituciones. Y también puede ocurrir que la violencia comience de forma sutil y acabe escalando hasta convertirse en acoso y manifestaciones de odio, obligando a una familia a abandonar su hogar, como ocurre en *Casa luminosa*.

En la mayoría de los cuentos, Lahiri nos muestra esta violencia desde el punto de vista de las personas que la sufren, pero en la historia de la viuda, dentro del cuento *La escalinata*, y en *La recogida* nos cuenta cómo van calando los mensajes de odio en la población local, hasta llegar a culpar a la inmigración de todas sus desgracias.

Lahiri también nos habla de otros extranjeros privilegiados, los turistas y los expatriados adinerados, pero sea por necesidad o no, todas las personas que llegan a Roma en estos cuentos comparten la sensación de encontrarse a la deriva, de no terminar de encajar y de seguir buscando su lugar en el mundo. Así ocurre en *La procesión*, donde unos turistas viajan a Roma tratando de superar la muerte de su hijo; en la historia de

la expatriada dentro del cuento *La escalinata*, que cuenta cómo una mujer se enfrenta a una operación lejos de su ciudad natal, en un país en el que no ha conseguido integrarse y en un idioma que no ha llegado a dominar a pesar de los años transcurridos, o en la chica que, también desde *La Escalinata*, observa a sus compañeras de colegio, sintiéndose tan diferente a ellas, sin saber si quiere sus vidas, pero segura de no desear el destino que le ha reservado su familia.

Pero Lahiri nos muestra que el desarraigo de unos puede ser el consuelo de otros, y en *Las fiestas de P.* vemos a una escritor, nacido y criado en Roma, que solo se siente libre y relajado junto a los invitados extranjeros a las celebraciones que organiza su amiga P.: una población nómada fascinada por la ciudad pero no anclada a ella, ajena a su deterioro y a las responsabilidades de la vida cotidiana.

A pesar de la crudeza y las dificultades, sin embargo, Lahiri disculpa a esta ciudad igual que el guionista en el cuento *La Escalinata*, quien «ama y perdona a Roma en todas las estaciones», y lo hace porque ella, como le ocurre a la protagonista de *Dante Alighieri*, también se enamoró de la cultura italiana hasta el punto de convertir Roma en su hogar, y el cariño que siente por sus calles, su idioma, literatura, sus habitantes, monumentos y paisajes siempre es más fuerte que las decepciones.

Esta conexión con la ciudad también hace que Lahiri no vea la Roma estereotipada de las películas, sino la ciudad real, y resulta evidente que conoce a la gente que pasea por sus calles, que se ha detenido a observar-

los en las plazas y en las escalinatas y ha conversado con ellos. Sin embargo, el nombre de la ciudad se menciona en pocas ocasiones y muchos cuentos ocurren en lugares anónimos, lo que acentúa su sensación de universalidad, como la oficina de correos que aparece en *La recogida*; el puente en el que se dan cita las amigas de *El encuentro* y que podría ser el de cualquier urbe; las villas rodeadas por mar o montañas sin nombre que aparecen en *Las fiestas de P.* y en *La frontera*; el parque en el que dos hermanos fueron testigos del momento

más fulgurante de sus vidas, o el cielo que observa la madre de *La escalinata* pensando que, a pesar de la distancia, su hijo se encuentra en ese momento mirando el mismo firmamento.

Como Alice Munro, Jhumpa Lahiri explora la cotidianidad con una honestidad sin artificios que resulta catártica para sus personajes. Sus historias son íntimas y conmovedoras, con una prosa lírica que transmite emociones universales. Lahiri escribe con una voz única, personal y reflexiva que refleja la complejidad de la condición humana.

EXTRACTOS POR TEMAS

RACISMO

Mi padre tenía la boca llena de sangre, gritaba, pero a esas horas no pudo oírle nadie. Los chicos le gritaron que se volviera a su país. Se llevaron el ramo y lo dejaron en el suelo, sin más. Mi padre terminó en urgencias. (p. 22)

Algunos inquilinos empezaron a confabular en el patio, formaron un grupo y nos soltaban comentarios desagradables cuando salíamos de casa. Una vez, a nuestro hijo mayor lo siguieron después del colegio un par de chicos burlándose de él y diciéndole que éramos unos ladrones y que éramos demasiados. A mí, cuando bajé a buscar a esos chicos, sus padres me dijeron cosas aún más antipáticas. Creo que eran de los que estaban en el puestecito de la calle con dos banderas cruzadas donde distribuían octavillas a la gente que pasaba, y tal vez de los que participan en alguna manifestación, todos con el brazo extendido hacia arriba. (p. 79)

Él me dice que he tenido suerte, que heridas como las mías se curan, en cambio conoce a otro al que le dieron una paliza mientras esperaba el autobús y perdió un ojo.

Me desaconseja que presente una denuncia, en su opinión, no nos conviene tener nada que ver con la policía. (p. 143)

Un día, cuando estaba a punto de pagar en la caja después de tomarme un plato de arroz con verduras, rebuscando en el bolsillo del impermeable saqué una hojita de papel doblada varias veces. Pensé que sería alguna cosa mía, un recibo o un billete que hubiera doblado casualmente mientras iba absorta en el tranvía, o esa servilleta supersticiosa que había cogido y olvidado el primer día. En cambio, era una larga tira de papel rasgada a mano, y en el medio estaba escrito: «No nos gustas». (p. 172)

SENTIRSE DIFERENTE

Durante el año son muy pocos los huéspedes que alquilan la casa. Aquí en invierno hace un frío glacial y en primavera llueve mucho. Por las mañanas, desde septiembre hasta junio, mi padre me lleva en coche al colegio, donde me siento diferente, donde no me mezclo fácilmente con los demás, donde no me parezco a nadie. (p. 15)

Hoy es viernes y la niña no volverá a la escalinata hasta el lunes por la mañana. Se irá ahora directamente a casa para ayudar a su madre en la cocina y cuidar de sus hermanitos, con los que comparte habitación, antes de irse a rezar y hacer luego sus deberes. Sus compañeras de clase braman ya por una cena rápida con sus familias

y volver a la escalinata, para reunirse con sus amigas más próximas y participar en la fiesta espontánea que se celebrará junto a los chicos que vienen de otros barrios. Ella, en cambio, no se pondrá ningún vestido ceñido para ir de paseo y beber algo antes de terminar de nuevo en las escalinatas y llenar el aire de risas, confianzas, intrigas, jolgorio. (p. 112)

LAS RELACIONES

Envidiaba a mi mujer, pero al mismo tiempo le estaba agradecido. Era imposible que L. no pensara en mí durante esos almuerzos, cuando iban juntas a dar un paseo o a una exposición. Era imposible que mi mujer no le hablara de mí, de nuestro largo matrimonio lleno de previsible altibajos, de sus probables historias con otros hombres, de la conflictiva relación con nuestro hijo. Era imposible que yo, de alguna manera, no estuviera presente. Sabía, después de más de veinte años de matrimonio, cómo hablaban las mujeres entre ellas, los asuntos archivados que se diluían en ese vapor amigable, que salían a relucir mientras compraban zapatos, comían una ensalada, admiraban unos cuadros.

Pero ¿qué esperaba yo? ¿Una historia real con L.? ¿Una cita, unas horas en un hotel, juntos en la cama? No lo creo. Incluso después del baile no pensaba en su cuerpo, en sus manos, en cambio estaba obsesionado con el diálogo del patio, cuando ella estaba trastornada, preocupada por su hijo, y se había confiado conmigo. Aquel momento me parecía más transgresor casi que un acto erótico. (pp. 61-62)

SER EXTRANJERO EN OTRO PAÍS

Venían de países distintos por trabajo o por amor, o por cambiar de aires, o por razones más misteriosas. Eran una población nómada que me intrigaba, prototipos, tal vez, para algunos de mis posibles cuentos, personas a las que conocía y podía observar tranquilamente solo en casa de P. En un breve lapso temporal se las apañaban para visitar casi todo el país, para apreciar, los fines de semana, nuestros pueblos de provincias, para esquiar en nuestras montañas en febrero y nadar en nuestros mares diáfanos en julio. (p. 38)

Me sorprendió que siguiera aún allí, aquel hombre, después de todo ese tiempo, e igual de sorprendida estaba de haber vivido, yo misma, tanto tiempo en la misma ciudad, de haber pasado ya más de veinte años en la otra punta del mundo. (p. 170)

Mis padres pensaban que vivir en un país lejano a causa del matrimonio era un sacrificio que la suerte me había destinado, en vez de una liberación. Había dejado de estudiar a Dante y me había convertido en una ama de casa extranjera como mi madre, pero ni siquiera esa coincidencia nos unió más. (p. 197)

LA MATERNIDAD Y LA PATERNIDAD

Esa nueva ciudad le proporcionaba linfa, y sin embargo no me gustaba imaginármelo en aquel apartamento destarado, en restaurantes ruidosos, frente

a comida extravagante y cara, con una chica delgada y sonriente a su lado. No me gustaba imaginármelo en el metro repleto de gente, o en la calle solo y un poco borracho a las tres de la mañana, o en el parque los domingos jugando al fútbol sin desayunar. Temía que no fuera lo suficientemente maduro, que en el fondo estuviese triste, que se metiera en algún lío. Pero ese hijo al que le faltaban recursos, vulnerable todavía, no era mi hijo: era yo. Mejor dicho, era la versión de mí que no había podido realizar, que había descuidado, bloqueado, que, pese a no haber existido nunca, me había derrotado. Con estos pensamientos en la cabeza estuve deambulando por la nueva ciudad de mi hijo, admirando pacientemente puentes, jardines y monumentos con el cielo bajo y opaco. (pp. 52-53)

Hoy, como es un poco tarde, el cielo está incandescente y la ciudad ya brilla. Sube los últimos escalones, se apoya en uno de los pilones protectores de piedra de la cima y saca el móvil del bolso para hacer la enésima foto del panorama. Se la manda enseguida a su hijo, nacido en este día hace trece años. Todavía estará en el colegio. Vive con sus abuelos en otro continente, en una ciudad húmeda llena de cuervos y palmeras y polvo. (p. 93)

Es extraño que la ansiedad materna aumente con el tiempo, que empeore con los años, yo hubiera creído lo contrario, pero ¿quién es capaz de soportar las distancias, las ausencias, los silencios generados por tus propios hijos? (p. 169)

EL IDIOMA

A pesar de que lleva muchos años viviendo en Roma habla un italiano elemental y solo se las apaña hasta cierto punto. No como sus hijos, que la corrigen y le toman el pelo, sobre todo el segundo que va a un colegio público, que juega y grita y gesticula en la plaza como si hubiera nacido aquí. (p. 106)

ROMA

Después de cenar echa a andar por las calles en mal estado. Evita los paseos que costean el Tíber, las plazas llenas de gentes. Sintiéndose aún como una especie de Drácula que solo sale de noche y se alimenta del esplendor —por más que lo note asediado y cada vez más deteriorado— de su ciudad. A diferencia de su mujer, ama y perdona a Roma en todas las estaciones. Pasea sin descanso en busca de una bocanada de aire. (p. 128)

Eran muy diferentes al grupo al que yo pertenecía: personas nacidas y criadas en Roma, personas que deploraban el preocupante deterioro de la ciudad sin poder abandonarla nunca. Personas para quienes simplemente cambiar de barrio a los treinta años —ir a una nueva farmacia, comprar los periódicos en un quiosco nuevo, sentarse en las mesitas de un nuevo bar— significaba una mudanza, un enorme desplazamiento, un desgarró. (p. 38)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿Habéis experimentado alguna vez lo que es sentirse a la deriva en un país extranjero? Y si es así, ¿creéis que Jhumpa Lahiri lo describe bien?
2. El título, *Cuentos romanos*, es una referencia a las dos colecciones homónimas de cuentos de Alberto Moravia, donde el autor daba voz a los romanos de posguerra, proletarios y pequeños burgueses que se enfrentaban a las dificultades de la reconstrucción y veían los inicios de la *dolce vita* y el boom económico. Si habéis leído estos relatos, ¿qué creéis que tienen en común con los de Jhumpa Lahiri?
3. En *La frontera* vemos a la hija de unos guardeses que se ocupa de atender a los huéspedes de una finca que van allí a desconectar del ajetreo de la ciudad. ¿Creéis que se suele idealizar la vida en el campo sin pensar en las condiciones en las que realmente viven allí las personas?
4. En *El encuentro* vemos a dos amigas que se ven después de mucho tiempo y descubren que la relación ya no es igual que antes. ¿Pensáis que sus diferencias son irreconciliables o que pueden seguir siendo amigas a pesar de todo lo que las separa?
5. En *Las fiestas de P.*, ¿por qué creéis que el protagonista se siente tan libre rodeado de personas de otros países y con culturas tan diferentes?
6. En *Casa luminosa* vemos a una familia inmigrante acosada por los vecinos hasta que se ve obligada a abandonar su hogar y la madre y los hijos vuelven a su país. ¿Cómo os ha hecho sentir este cuento?

7. *La escalinata* es el cuento más extenso del libro y en él vemos las vidas y vicisitudes de una madre, una mujer viuda, una expatriada, una chica, dos hermanos y un guionista. ¿Qué diferencias sociales y culturales veis entre estos personajes?
8. En *La recogida*, una mujer es agredida por ser extranjera, pero decide callar y no presentar una denuncia por miedo. ¿Creéis que los silencios son importantes en estos cuentos?
9. En *La procesión* una pareja de viaje en Roma intenta superar el duelo por la muerte de su hijo. ¿Por qué pensáis que la mujer se obsesiona con la habitación cerrada?
10. En el cuento *Las notitas* una mujer recibe mensajes de odio por parte de los niños que cuida en un colegio. ¿Os parece que Lahiri cuenta aquí cómo la sociedad a veces mira hacia otro lado en estas situaciones?
11. En el último relato una chica se enamora del fantasma de Dante Alighieri, de su idioma y cultura, y decide dejarlo todo para mudarse a Roma, aunque años más tarde dividirá su tiempo entre la capital italiana y Estados Unidos. Jhumpa Lahiri, precisamente, se enamoró del idioma italiano hace una década y se trasladó a Roma, aunque siga haciendo viajes a Estados Unidos. ¿Os parece que puede ser el cuento más autobiográfico?
12. ¿Cómo definirías el estilo de Jhumpa Lahiri?

LA AUTORA



© Liana Miuccio

JHUMPA LAHIRI, nacida en el Reino Unido, de padres bengalíes, pasó su infancia y juventud en Estados Unidos. Es autora de dos libros de relatos aclamados por la crítica y que obtuvieron un enorme éxito de ventas: *El intérprete del dolor* (1999), que le valió el Premio Pulitzer, el O. Henry Award y el PEN/Hemingway Award, y *Tierra desacostumbrada* (2008), que fue elegido Mejor Libro del Año 2008 por The New York Times y recibió los premios Frank O'Connor, Asian American Literary Award y Gregor von Rezzori. También ha publicado las novelas *El buen nombre*

(2003), *La hondonada* (2013) y *Donde me encuentro* (Lumen, 2018), el libro de artículos *En otras palabras* (2015) y el poemario *El cuaderno de Nerina*, de próxima aparición en Lumen. En 2012 ingresó en la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras, en 2015 recibió la Medalla Nacional de Humanidades, así como una beca Guggenheim y, en 2017, el PEN/Malamud Award. Ha traducido al inglés las novelas *Ataduras* y *Scherzetto*, de Domenico Starnone. Con *Cuentos romanos* (Lumen, 2023), Jhumpa Lahiri regresa al género que le dio fama en todo el mundo.

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE *CUENTOS ROMANOS*

«Historias de un desarraigo no solo como condición censal, sino existencial de cada uno».

Il Piccolo

«Con estos *Cuentos romanos* tan extraordinarios, la extranjera Jhumpa Lahiri se confirma definitivamente como escritora italiana».

Domenico Starnone, *Internazionale*

«Citando a Dante Alighieri, si uno busca en la literatura una “vita nuova” que le ayude a comprender mejor su existencia, Jhumpa Lahiri es la compañera de viaje ideal».

Io Donna

«Nueve relatos y una sola ciudad, eterna y metafísica».

TuttoMilano

SOBRE LA AUTORA

«Siempre hay un hueco para la literatura que ambiciona la exquisitez, como la de la norteamericana de origen indio Jhumpa Lahiri».

Carles Geli, *El País*

«Una voz maravillosamente personal. [...] Su escritura es hábil y elocuente. [...] Una autora de una elegancia y un aplomo extraordinarios».

The New York Times

«Elegante, sutil y triste. [...] Su prosa, sobria y reflexiva, así como su profundo mundo interior, recuerdan a la obra de Rachel Cusk o Sigrid Nunez».

Kirkus Reviews

«Lahiri conoce bien los estragos del tiempo y la muerte, y entiende las conexiones fallidas que acosan a maridos y mujeres, padres e hijos, amantes y amigos».

The New York Times

«Resulta difícil pensar en algún otro escritor contemporáneo capaz de ofrecer tanta dignidad a sus personajes».

The Times

«Jhumpa Lahiri escribe con una prosa tan directa y límpida que uno casi se olvida de que está leyendo».

Newsweek

«Leer a Jhumpa Lahiri siempre es un acierto».

Leire Escalada, *El Español*

« [Lahiri] aborda lo extraordinario de la vida con todos sus claroscuros».

Navarra Información

«Lahiri consigue captar esa mezcla de inmediatez e intemporalidad de las relaciones humanas, la siempre inadecuada comunicación que vuelve enigmática toda experiencia, y lo hace de forma objetiva y al mismo tiempo profundamente íntima».

The Telegraph

«Tras leer algo de Jhumpa Lahiri, te dan ganas de parar a la primera persona que te cruzas y decirle: “¡Lee esto!” [...]. Posee una voz inconfundible, buen ojo para los matices y oído para la ironía. Es uno de los mejores escritores de relatos que he leído».

Amy Tan

«Lahiri tiene el don de desentrañar el significado de las relaciones breves: entre amantes, amigos, personas a las que conocemos en un viaje».

Time

«Una escritora de rara sensibilidad y concisión».

The Wall Street Journal

«Leer a Jhumpa Lahiri desvela la belleza, como la maravilla de un mandala tibetano».

Il Messaggero

«Una voz que posee una rara capacidad para investigar el alma humana».

Tutto Libri

